

a la muerte en sus más ocultas barreras, eliminando aquellas causas de muerte que debieran ser las únicas en realidad contra las cuales fuera necesario al hombre defenderse.—JUAN MARIN.



<https://doi.org/10.29393/At161-285CPLP10285>

EL LIBRO PARA TI, por *Marguerite Burnat-Provins*. (Traducción del francés de *Elena C. de la Colina*)

Pintora, poeta y novelista, esta mujer francesa que naciera en el último tercio del pasado siglo no tiene en América la nominación que sus cualidades artísticas merecen, y para muchos lectores de «Atenea» este comentario a uno de sus libros será la primera noticia de su existencia. Como que la gloria no es árbol que cobije a todo el mundo.

De fina sensibilidad, no tiene el necio pudor del silencio ante las desgarraduras de la carne y el espíritu en lucha, y da la nota afiebrada y torturante con verdadera ingenuidad de niña, sin caer en la pincelada cruda, y sin los alardes de ese sensualismo que ha teñido grotescamente la obra de tanta mujer en las letras contemporáneas.

Las palabras con que dedica su libro son un anticipo claro de su contenido: «Silvio, para ti he escrito este libro, para ti solo. No lo pondrás en tu cuarto de trabajo, ni sobre el banco del jardín; pero sí guárdalo en el abrigo escondido de tu almohada, en el lugar en que mi cabeza desvanecida hizo un hueco ardiente. Te lo ofrezco en recuerdo de nuestras horas de amor».

Poemas breves, hacen la historia de una pasión, y casi siempre aparece en ellos el paisaje como fondo, sin grandes descripciones, justo y sugerente en los contornos de su evocación.

Queremos copiar uno de sus poemas para dar una idea precisa de su sensibilidad y su maestría:

«Ha quedado en mi alcoba un perfume suave y áspero que me sigue.

Es el alma tierna de nuestras caricias, revoloteante a lo largo de los muros, como una mariposa en la noche, hecha de nácar y plata, que gira y muere al pie del candelero.

Desespero de alcanzarla; ella emana de tu ardor, es algo de ti que huye.

Quedó durante el día el desorden de la noche.

Dejé arrugados los almohadones, pendientes las telas, en el sillón que ahuecó tu cuerpo.

Es ahí, sobre tu sombra, que iré a recostarme.

En la ventana, la cortina bate como ala, el perfume tibio va y viene como tu mano prometedora sobre mis cabellos, como tus labios embrujados en mi nuca, como trae tu amor la suntuosa prisión a mi ser palpitante».

La traducción de esta bella obra, hecha por la escritora rioplatense Elena C. de la Colina, nos deja ver que en América no todos los traductores carecen de honradez y de fervor artístico. Y apenas si pudiera tachársele cierto descuido en la forma y algunos leves pecados contra el idioma.



REINO, poesías de *Eugenio Florit*

La desorientación absoluta en la lírica del Continente, que más de una vez anotáramos en estas mismas páginas, sigue en toda su plenitud. Las aberraciones que diariamente ven la luz en revistas y libros de América, firmadas, a veces, por quienes ganaron un nombre siguiendo otras rutas, y por gente joven, casi siempre, que no ha sabido resistir al imperioso llamado de la moda, comprueban nuestra afirmación de que la poesía americana atraviesa un período triste y equivocado.